

César RUIZ SANJUÁN, *Historia y sistema en Marx. Hacia una teoría crítica del capitalismo*, Madrid: Siglo XXI, 2019, 400 pp.

*Ricardo Cueva Fernández**

La literatura existente sobre Marx, y no digamos acerca del marxismo, es casi imposible de abarcar. Me atrevería a sugerir que, de hecho, se ha producido una paulatina segmentación en el estudio de este campo y que ahora existen, sobre todo, investigaciones muy delimitadas. Asimismo, dichas indagaciones se han volcado más o menos en ciertos aspectos de la obra marxiana, dependiendo mucho de las coordenadas geográficas y temporales del autor que asumiera la empresa. Así, mientras que en algún instante predominaron los volúmenes y artículos sobre Lukács o la dialéctica, después otros giraron alrededor de los estudios culturales, y no han faltado quienes prefirieron detenerse en temas como la ideología.

Ruiz Sanjuán acomete en su libro, pues, un desafío difícil, en el que probablemente se ve acompañado, en cuanto a línea de apertura e instante de publicación, por otra obra también de la editorial Siglo XXI, como es la de Fetiche y mistificación capitalistas, de la profesora Clara Ramas. Ambos siguen muy de cerca los títulos de Michel Heinrich, erudito alemán a quien tuvimos oportunidad de escuchar en la Jornada sobre Marx en el bicentenario de su nacimiento, celebrada hace poco más de un año en la Universidad Carlos III de Madrid, y que representa a una generación de pensadores que lleva trabajando ya unos cuantos años en la recuperación de un Marx desprovisto de las etiquetas ortodoxas. Y más en concreto, intentando prescindir de los supuestos materialismos dialéctico e histórico atribuidos tradicionalmente al pensador de Tréveris.

* Profesor contratado doctor del área de Filosofía del Derecho de la Universidad Autónoma de Madrid. E-mail: ricardo.cueva@uam.es

Historia y sistema en Marx es, pues, un trabajo que se dirige a tal fin muy bien pertrechado y que se enfrenta con poderosas corrientes previas, con arrojo, pero al mismo tiempo sin perder su correspondiente rigor, que en manos de Ruiz Sanjuán resulta sobresaliente a todas luces.

El libro se divide de manera principal en dos partes. La primera se centra en lo que denomina “Génesis de una concepción histórica de la realidad social”, y la segunda, en “La exposición sistemática como crítica de las categorías”. A nadie que lea el volumen se le escapará que la inicial, aunque para nada menos sólida, es menos extensa que la segunda, y ello obedece, como luego se verá, a la propia propuesta académica de Ruiz Sanjuán.

Comenzando, pues, por aquella primera parte, la intención del autor es la de exponer con toda la claridad posible qué tipo de materialismo acogía realmente Marx en su obra y cómo fue modificándolo y readaptándolo a sus propios descubrimientos a lo largo de su biografía intelectual. Así, y en un primer momento, Ruiz Sanjuán señala su afinidad con la antropología de Feuerbach y su correspondiente distanciamiento del idealismo hegeliano; de esta forma, conceptos como esencia genérica y enajenación tienen relevancia en los primeros escritos marxianos (25, 72 y 73). En la *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel* (1843), de este modo, Marx indica que la esfera política está separada de la vida real de los individuos humanos, provocándose que el hombre se halle enajenado en su esencia genérica (40), lo cual supone una clara oposición a las instituciones de tal cuño presentes en la Alemania de la época, por insuficientemente democráticas. Para Marx, en su filosofía del derecho, Hegel “convierte en todas partes la idea en sujeto y el sujeto verdadero, real, en predicado” (40). En su opinión, el modo de operar hegeliano no es verdaderamente crítico “porque su deducción del objeto a partir de las determinaciones abstractas lleva a la asunción acrítica de lo empírico”, afirma Ruiz Sanjuán (44).

Sin embargo, Marx ya muestra desde el principio de su trayectoria intelectual marcadas diferencias con Feuerbach, pese a seguirle en distintos aspectos, siendo la mayor de ellas que su antecesor “solo concibe la praxis abstractamente como opuesta a la teoría”, puesto que “el conocimiento para él se deriva de la percepción sensible, que deja ser a los objetos naturales como son en sí, fuera del pensamiento”. Sin embargo, en sus *Manuscritos económico-filosóficos* (1844) “Marx acepta solo parcialmente el sensualismo de Feuerbach, rechazando su carácter contemplativo, al que opone el concepto de praxis como actividad transformadora” (37). Así, y como Feuerbach en su materialismo, también entiende

que el hombre forma parte intrínsecamente de la naturaleza, pero la relación con ella quedaría establecida para Marx a través del trabajo. El hombre solo puede conservar su relación con la naturaleza en la sociedad (37). Para Marx, “el trabajo es el medio a través del cual el hombre objetiva sus fuerzas y potencialidades esenciales en los productos que elabora”, y esto hace que su concepto de enajenación sea distinto al de Feuerbach, ya que ésta “se produce cuando dichas fuerzas esenciales se exteriorizan en un producto que permanece extraño a hombre, tal y como ocurre en la sociedad burguesa, en la que el trabajo adopta la forma de trabajo asalariado, convirtiéndose así en una mercancía que se compra y se vende en el mercado” (66).

Esa conclusión se vuelve más radical y le separa aún más de Feuerbach en los escritos de 1844 (*La cuestión judía y la Introducción a la crítica de la Filosofía del Derecho de Hegel*), puesto que ahí llega a entender que, mientras que sea la sociedad civil la que determina por completo la esfera política, y dadas sus connotaciones negativas (recordemos que abarca una dimensión de individuos que buscan su propio interés), la enajenación humana no quedaría superada, cualquiera que fuese la forma que revistiese el Estado, ya que siempre sería de carácter burgués (50). El proletariado aparece así en la segunda obra citada como el poder histórico universal emancipador (53). Hay una crítica de la libertad abstracta propia de la sociedad burguesa, que le conduce directamente a Marx a propugnar la transformación radical de las condiciones materiales de vida, aun presuponiendo todavía, al modo de Feuerbach, una contraposición entre existencia y esencia, la segunda conocida a través de una razón que ayudaría a criticar la realidad (55). Deben abolirse todas las relaciones en las que el hombre resulte “un ser humillado, sometido, abandonado, despreciable” (cit. de Marx, 56), relaciones que son, asimismo, de carácter material (55, 135).

Tal comprensión hace que Marx se dirija, tras esta etapa “juvenil” y que incluiría todas las obras citadas, así como *La sagrada familia* (1844), a una posición “empirista”, tal y como la denomina Ruiz Sanjuán, aun con matices (151), y que ocuparía su “fase de transición” ubicada entre 1845 y 1857 (157) y a la que corresponderían, entre otras, *La ideología alemana* (1845) y la *Miseria de la filosofía* (1847). “En la fase de transición que va de 1845 a 1857, la crítica de Marx a la economía burguesa se dirige al hecho de que esta utilice las categorías económicas para explicar todas las formas históricas de sociedad, pero no le critica aún su concepción teórica de las categorías” (157). Para ello, y siempre según el autor de *Historia y sistema en Marx*, el de Tréveris tendrá que recuperar a Hegel. Tal extremo va a suceder en un proyecto teórico que le ocupará hasta el final

de su existencia, y que sería el de “llevar a cabo la exposición de las relaciones económicas de la sociedad burguesa al mismo tiempo que desarrolla la crítica de las categorías fundamentales a través de las que la economía política sistematiza teóricamente dichas relaciones” (163). Para Marx la sociedad no consiste en individuos, sino que expresa el conjunto de relaciones y condiciones en las que aquéllos se encuentran ubicados, sucediendo que además ese conglomerado no puede constatarse empíricamente, sino que su exposición debe ser resultado de un desarrollo conceptual, lo cual empuja a Marx a redefinir su fuente hegeliana (164). Así, frente a su predecesor en la dialéctica, va a subrayar que las categorías deben referirse a una realidad exterior, pero frente a los economistas clásicos sostiene que aquéllas no existen en la realidad en la forma aislada que tienen en el pensamiento (167). Marx, así, no pretende solo elaborar una teoría económica más, sino también realizar una crítica de los presupuestos de la economía política clásica que sirviera asimismo como “ciencia” (169), y una que lo fuera al mismo tiempo del capitalismo (171). Estas intenciones las consigue plasmar en el libro primero de *El capital: crítica de la economía política*, publicado en vida, pese a que los anteriores que nos constan de la etapa, desde la *Contribución a la crítica de la economía política* (1859) hasta los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política* (conocido como *Grundrisse*, 1857-1858), puedan darnos idea de la evolución y modificaciones que tuvo que introducir en su obra para llegar a aquel título, inconcluso por otra parte (175 y 176).

Así, y tras una exposición prolija sobre la teoría del valor en Marx (y que, según el propio Ruiz Sanjuán, no llegaría a articular del todo satisfactoriamente: 181), el autor de *Historia y sistema* se lanza a señalar la tesis esencial que constituye el núcleo de su trabajo: “lo que pretende reflejar la exposición sistemática de Marx es la estructura desarrollada de la sociedad burguesa, y el método adecuado para ello, definido por Marx como ascensión de lo más abstracto a lo más concreto, no tiene por qué ser congruente con el desarrollo histórico. La expresión conceptual de la organización interna del sistema capitalista es una construcción ideal que reproduce teóricamente las relaciones tipificadas de dicho sistema” (204), “la organización interna del modo de producción capitalista (...) en su media ideal” (205, cit. de Marx). Pues, y de nuevo según el propio autor de Tréveris, “para desarrollar las leyes de la economía burguesa no es necesario escribir la historia real de las relaciones de producción” (idem). Así, y nos dice Ruiz Sanjuán, “es precisamente la comprensión teórica del sistema capitalista lo que ha permitido establecer que la condición histórica fundamental para su surgimiento es la escisión de los productores directos de sus medios de producción y no, por ejemplo, la acumulación de grandes masas de dinero, por lo que será el

proceso histórico de expropiación de los trabajadores lo que habrá que investigar para comprender la génesis histórica del capitalismo” (205 y 206). Dicha investigación serviría para completar la exposición teórica allí donde la misma “no puede llevar a cabo la deducción de las relaciones históricamente constituidas”. Se trataría, pues, de extraer los presupuestos fácticos sin los cuales no se puede instalar todo el edificio teórico (207).

Por lo demás, el concepto “capital” emerge a partir del “valor”, y es el primero a partir del cual se desarrollan el resto de categorías del modo de producción capitalista (208), con lo cual Ruiz Sanjuán en las páginas que restan, casi la mitad de su volumen, va a buscar la exposición más clara posible de ese hilo conductor, con diversos jalones que van mostrando los hallazgos marxianos frente a la economía clásica, a saber: 1) la separación entre la esfera de la circulación, en la cual navega la mercancía, y la de la producción, con la consiguiente escisión entre quienes son propietarios de los medios de producción y quienes carecen de ellos (220), 2) la identificación de la fuerza de trabajo como mercancía (240), 3) el descubrimiento del plusvalor, obtenido por el dueño de aquellos medios cuando compra esta última (248). La exposición de Ruiz Sanjuán resulta detallada y culmina con una aproximación a las tradicionales teorías marxistas sobre las crisis económicas, y que según el autor no hallarían fundamento en supuestas afirmaciones rotunda o marcadamente deterministas del pensador alemán (270 y ss.), para quien en realidad habría una “contingencia irreductible” en la evolución histórica, a juicio de su expositor (265).

Ruiz Sanjuán da sus últimas pinceladas a Historia y sistema con el análisis de la citada “recuperación” de Hegel emprendida por Marx en la etapa final de su obra. Su nueva postura queda expuesta en *El capital*, con el antecedente de la Introducción de 1857 a los *Grundrisse*, al sostener que su “método dialéctico” no es contrario al de Hegel en su fundamento, sino su “contrario directo”. Para Hegel el proceso del pensar no es, bajo el nombre de idea, un “sujeto autónomo” que es demiurgo de lo real, sino “lo material traspuesto y traducido en la mente humana” (cit. 285). El materialismo no es el mero reflejo especular de lo material (valga decir, lo empírico, siguiendo la disertación de Ruiz Sanjuán). Y tampoco lo lógico equivale a lo ontológico (285). La citada “traducción” de la realidad exterior por el pensamiento surge a través de “abstracciones simples obtenidas analíticamente a partir de la intuición y la representación referidas a esa realidad exterior” (284). “El concepto permanece ligado a la conciencia cognoscente y finita” (cit. de Schmidt, 286). El nivel del pensamiento y el de lo real permanecen separados, pero el primero tiene siempre como presupuesto al

segundo (287). Tal es el sentido de la dialéctica marxiana, distinta a la de Hegel porque este autor fundía al final planos en una misma dimensión; para él había un único todo concreto en el que, en todo caso, lo sensible era uno más de sus momentos. Marx mantiene en cambio que existen dos concretos irreductibles el uno al otro, lo concreto real y lo concreto del pensamiento: no hay reducción de lo sensible o material al pensamiento (287). Y es en el plano de la exposición, que refleja idealmente el objeto una vez terminada la investigación del mismo, el ámbito en el que Marx sitúa la perspectiva dialéctica de su método (312). El de Tréveris realizaría con su exposición de las categorías de la economía política una crítica inmanente de la economía burguesa (315) y que implicaría que forma y contenido en esta dialéctica fueran inseparables (317). Una exposición, asimismo, que desvelaría las mediaciones de lo que en apariencia se presenta como inmediato y autónomo (316).

Una vez examinados los principales puntos del trabajo aquí reseñado, pues, resulta evidente que Ruiz Sanjuán apuesta por una interpretación de Marx sumamente arriesgada. De una parte, su intención de depurar todos aquellos elementos que considera que no son suyos le conduce a obviar cualquier rastro de filosofía de la Historia en él. Y de otra, la indicación de que su crítica al modo de producción capitalista es inmanente a la exposición que realiza en su fase madura, parece eliminar la posibilidad de reconstruir algún tipo de alternativa económica socialista en su pensamiento. Bien es cierto que gracias a esta operación consigue delimitar su objeto de estudio de forma estricta (la crítica a la economía política), con nitidez y sin elementos distorsionadores. Me atrevería a subrayar, incluso, que la línea que sigue no conoce precedentes apenas en la bibliografía en castellano (salvando a F. Martínez Marzoa, con su *Filosofía de El capital*, 1983), y pocos en las de otras lenguas. Y de más está añadir que el profesor Ruiz Sanjuán conoce perfectamente todas las principales interpretaciones de los escritos redactados por Karl Marx y muy bien los originales. Además, la primera parte de su obra se introduce en un tema muy complicado con gran habilidad y expurgándolo de las discusiones tan estériles sobre el joven Marx que a menudo nos han hurtado muchos debates reales a lo largo de los años. Todo ello, así, parece suficiente para excusar que no presente un Marx más arrojado, más activo políticamente, y que rechace entrar por tanto en esos temas enjundiosos que son recurrentes en su obra, como son los de la ideología, el comunismo, la revolución y el sujeto transformador, y ello sin contar los que podríamos descartar a priori por encontrarse precisamente solo en su rincón juvenil, como los de praxis o alienación. Pero como todo ello lo hace en aras de procurar una exégesis, que aunque parcelada, resulta innovadora y atenta, su volumen no puede por menos que leerse con

grandísimo interés y provecho. En realidad, lo que me aventuro a pensar es que su operación de expurgo pretende dejar el poso de una serie de elementos en la obra de Marx que, con demasiada frecuencia, o se han arrinconado, o bien han sido señalados de forma insuficiente.

Bibliografía

- HEINRICH, M. (2011). *¿Cómo leer El capital de Marx?* Trad. César Ruiz Sanjuán, Madrid: Escolar y Mayo.
- HEINRICH, M. (2018). *Crítica de la economía política. Una Introducción a El capital de Marx*. Trad. y estudio introductorio de César Ruiz Sanjuán, Madrid: Guillermo Escolar Editor.
- MARTÍNEZ MARZOA, F. (2018). *La filosofía de El capital*, Madrid: Abada.
- RAMAS, C. (2018). *Fetichismo y mistificación capitalistas. La crítica de la economía política de Marx*, Madrid: Siglo XXI.

Este trabajo se encuentra bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0

